

una muestra esta obra que la Escuela de Arquitectura se honra en publicar en conmemoración de su nombramiento como Profesor Emérito, del que la institución se enorgullece.

### **Félix Candela Doctor Honoris Causa por la UPM** | enero, 1998

Félix Candela va a ser el primer Arquitecto Doctor Honoris Causa por la Universidad Politécnica de Madrid.

Esta ceremonia hubiera debido tener lugar hace años, y como todo tiene un lado positivo su insólita demora, me proporciona el inmerecido, y por ello más apreciado, honor de oficiar en ella.

Félix Candela estudió en la Escuela de Arquitectura de Madrid en los años de la República, intervino activamente como estudiante en la necesaria reforma de la institución, cuyo plan de estudios había quedado desfasado, en un momento histórico de cambio, luego frustrado, en que una parte del país trataba de impulsar la modernización de una sociedad que tradicionalmente se ha mostrado poco receptiva a nuevas ideas.

La guerra civil le obligó a exiliarse a México, sin tiempo para recoger su Título de Arquitecto, que luego le costó años convalidar y más aún consolidar, por lo que se encontró en un país lejano, sin más armas que su propia capacidad y sus conocimientos reales, sin la protección administrativa que proporciona una carrera con independencia del aprovechamiento obtenido.

Salió adelante trabajando como delineante y constructor, y la mayor parte de su obra construida está realizada en calidad de colaborador de otros Arquitectos que sí tenían Título reconocido por el Estado.

Con una sólida formación matemática y científica, se planteó la construcción de estructuras laminares, como solución práctica y económica para cubrir diversos espacios, compitiendo en el mercado. Pese a emplear soluciones que estaban muy por encima de la técnica constructiva del momento en México, supo traducirlas para su ejecución con los medios más elementales.

Mientras otros se planteaban cómo comprender el funcionamiento de estructuras que estaban en los límites de la capacidad real de análisis del momento, él las construía, explorando las posibilidades constructivas y las

implicaciones de su uso en el diseño, descubría y resolvía los problemas prácticos, tanto de definición geométrica como de ejecución, analizando además con unos impecables planteamientos mecánicos, de forma suficientemente rigurosa su comportamiento; empleando el aparato matemático en la medida precisa pero sin llevar el rigor del análisis más allá de lo necesario para asegurar la correcta definición y la adecuada seguridad.

Su proceso de aprendizaje le llevó a adquirir progresivamente una asombrosa capacidad de manejo de las formas con la certera intuición que sólo se logra con un conocimiento asimilado cada vez más profundamente hasta que puede llegar a expresarse en reglas geométricas suficientemente sencillas para guiar los procesos de diseño.

Su extraordinaria modestia, le hace pensar aún, que lo que para él es tan sencillo y obvio, también debería serlo para los demás y que como consecuencia no tiene gran mérito, y al cabo de los años sigue discutiendo en términos de ventajas económicas lo que es universalmente apreciado como delicadas creaciones de la mente.

El mundo tardó en descubrirle, pero cuando lo hizo, no fue para el cuarto de hora de fama que según Andy Warhol nos corresponde a todos; desde hace más de 30 años Félix Candela sigue siendo el Arquitecto español más universalmente conocido y el antiguo alumno de la Escuela de Arquitectura de Madrid, que es más útil citar como referencia en el extranjero.

El mejor panegírico de Candela, es su propia obra, su confesada inclinación por la "utilitas" me autoriza a utilizar su figura para unas reflexiones oportunas sobre la enseñanza de la Arquitectura, las instituciones que la imparten y la inserción del Arquitecto en la sociedad, en el momento actual, en el que está en marcha de nuevo una remodelación de los planes de estudios dentro de un proceso de cambio de la Universidad.

En primer lugar, incidiendo de nuevo en la polémica, tantas veces reeditada, sobre la conveniencia de mantener una base científica y técnica en la formación del Arquitecto, o escorar por completo la enseñanza hacia los aspectos artísticos y el desarrollo de la creatividad:

Candela es un excelente ejemplo de que la intuición de un Arquitecto debe ser una intuición educada; para actuar sobre el mundo físico es imprescindible conocer profundamente sus leyes, a lo que ayuda grandemente la capacidad de formular y manejar modelos matemáticos de las formas y los materiales.

Tal vez sea posible obtener obras geniales por la colaboración del soñador sin límites y el comprobador sin imaginación, pero las formas no salen de la nada, el “científico” con imaginación, que emplee su conocimiento como fuente de inspiración y no como limitación al ingenio puede aspirar a la creación verdadera mientras que el creador sin base deviene fácilmente el “creativo” de las campañas publicitarias, (papel para el que, por otra parte, cada vez parece haber más candidatos con cuarto de hora de fama incluido).

En segundo lugar, está la confianza en la calidad y el prestigio de la institución:

La conciencia de haber estudiado en una institución de primera línea, que había experimentado un proceso de renovación, en el que Félix Candela participó como alumno, en un momento de exaltación cultural de un país que intenta incorporarse a la modernidad, le proporcionó sin duda la confianza en su capacidad y conocimientos necesaria para cualquier acción, no basta saber, sino tener fe en que lo que se sabe es lo que hay que saber, vale y puede ser usado.

Por último, es obligado referirse al exilio. En el caso de Félix Candela, como en tantos otros, siempre nos hemos preguntado ¿cómo hubiera sido el país con ellos, y qué hubieran hecho de haberse podido quedar?

El argumento optimista es el de que, de haber podido usar el talento de tantos expatriados, que tal éxito han tenido fuera de España, la historia del país hubiera sido distinta, y al no tener que cambiar de medio, también la vida en España de los, desgraciadamente, exilados hubiera sido aún más fructífera.

Duele pensar por el contrario que el exilio y la obligación de empezar de cero fue causa de enormes sufrimientos para los expatriados, pero también ocasión y acicate para sacar lo mejor de cada uno, y ello frecuentemente en medios más abiertos y menos agresivos que el nuestro, cuya incapacidad para reconocer y aprovechar los méritos ha sido repetidamente probada a lo largo de la historia.

La formación adecuada, con un profundo conocimiento científico básico. La confianza en su capacidad y en la institución donde estudió. La necesidad consecuencia del exilio, y la oportunidad de encontrarse en un medio relativamente abierto, pusieron al joven Félix Candela en situación de abrirse camino, su curiosidad científica le hizo explorar caminos no trillados, lo hizo con eficacia y rigor, en el proceso surgió su genio, que era sin duda propio y no producto de las circunstancias, pero que tal vez no hubiera llegado a florecer de tan magnífica forma sin la conjunción de todas ellas.

La Universidad Politécnica, tiene el honor de investir como Doctor a un antiguo alumno de una de las Escuelas que ahora la componen. Un genio real, no producto del despilfarro y la moda, sino de la sencillez y la economía constante cultivador de sentido común, creador de la novedad sin alardes y con un certero juicio sobre lo útil y lo posible, cuya figura contribuye como pocas al prestigio de la institución.

### **Ha muerto Víctor D’Ors | enero, 1998**

Hijo de Eugenio D’Ors, ha fallecido el profesor Emérito de la Escuela de Arquitectura, catedrático jubilado y antiguo Director en los difíciles años 60, en que debió afrontar la súbita masificación, la efervescencia política de la universidad, y las entradas de la policía (dimitió como Director después de un allanamiento especialmente violento en el que fueron apaleados indiscriminadamente alumnos y profesores).

Pensador original, platónico donde los haya, dominador como pocos de la sicología de grupo y con excelente instinto dramático, pocas veces encontró a la hora de escribir o de dibujar una puesta en escena que le satisficiera plenamente, dejando siempre inconcluso e impublicable el resultado de miles de folios en que interminablemente inventaba (la invención era su fuerte) más que clasificaba el arte, la arquitectura, las ciudades, el orden social y el mundo en general, en una intrincada (y clarísima cuando tomaba la palabra) red ternaria.

Siguiendo su propia clasificación, fue un genio de la palabra, un talento con la pluma y un ingenio en el dibujo.

Aunque durante muchos años fue Arquitecto del Ayuntamiento de Madrid y le debemos el trazado de los jardines del Paseo del Prado, su vocación a la que se aferró siempre fue la docencia y hasta el último momento siguió impartiendo cursos en la Escuela de Arquitectura a la que estuvo ligado durante la mayor parte de sus 87 años de vida.